

WITTGENSTEIN: *EGO* EMPÍRICO, *EGO* METAFÍSICO
Y UNA CONSECUENCIA *SUI GENERIS*:
EL SOLIPSISMO ANÓMALO

Víctor Borges-Caamal
Universidad Veracruzana
victorborgescaamal@hotmail.com

Resumen: Una noción básica de solipsismo implica sostener la inexistencia de cosa alguna ajena al sujeto que lo afirma. La teoría del lenguaje implícita en el *Tractatus logico-philosophicus* invita a pensar una nueva forma de solipsismo, esencialmente correcto que, sin embargo, sólo puede mostrarse, porque la visión de un sujeto metafísico concebido como límite del mundo impide decir algo sobre él.

Términos clave: Ego, lenguaje, solipsismo, sujeto metafísico.

Abstract: A basic notion of solipsism involves the absence of anything outside the subject that claims it. The implicit theory of language in the *Tractatus Logico-Philosophicus* leads us know a new solipsism, however, it can only be shown, because the vision of a metaphysical subject conceived as a limit of the world prevents o saying something about it.

Keywords: Ego, language, solipsism, metaphysical subject.

1. Preámbulo

Las consideraciones que a continuación se expondrán, relativas a las tesis de Ludwig Wittgenstein sobre el *ego*, se circunscriben, exclusivamente, a la primera de sus más importantes producciones filosóficas, el *Tractatus Logico-Philosophicus*.

Sin considerar al *Tractatus* un trabajo fragmentado, es conveniente limitar más el conjunto de ideas a partir de las cuales se realizará este examen, pues el grupo de nociones Wittgensteinianas manifestadas expresamente sobre el tema que me ocupa, se encuentra contenido en los aforismos —si se me permite llamar así a la peculiar forma que Wittgenstein usó en el

Tractatus para exponer sus pensamientos— marcados con los números 5.541 a 5.5421 y de 5.6 a 5.641.¹

2. Solipsismo sin sujeto

Las ideas fundamentales, relativas a la cuestión, que de mi lectura del *Tractatus* se desprenden, son las siguientes:

El autor austriaco realiza una distinción entre dos tipos de *ego*, uno empírico del que se ocupa la psicología y otro metafísico, objeto de estudio de la filosofía. Las premisas utilizadas para examinar estos entes le conducen a sustentar que el primero de los conceptos de *ego* es absurdo y, por otro lado, la consideración del sujeto metafísico desemboca en una consecuencia *sui generis*, relacionada con el solipsismo.

En este contexto, el solipsismo que Wittgenstein descubre es una especie de solipsismo que puede calificarse de *anómalo*² en tanto, no considera viable, a partir de su concepción filosófica, la existencia de un sujeto que se forme representaciones, que piense.

Con esta peculiar concepción de solipsismo está vinculada una particular visión de *sujeto metafísico*, concebido como límite del mundo. Considerado por Wittgenstein esencialmente correcto, se trata de un solipsismo sin sujeto que no puede decirse sino mostrarse. En la breve explicación que a continuación esbozaré, se verá también que su teoría del lenguaje determina sus concepciones sobre el *ego* y su solipsismo anómalo.

¹ Existen algunas dificultades relativas a la adecuada traducción al español de ciertos términos usados por Wittgenstein. Es entonces pertinente mencionar que he tratado de entender el *Tractatus* usando dos traducciones distintas de esa obra al español, y una al francés, tomando en los casos en que hay disparidad de opiniones entre traductores, el término que me pareció más congruente con el conjunto de tesis expuestas en la misma obra. Las ediciones que he usado son las siguientes: Wittgenstein (1987); Wittgenstein (1994); y la versión en Francés, Wittgenstein (1961).

² Anómalo en el sentido en que su solipsismo no parece tener ninguna relación con los tipos de solipsismo ya conocidos en la historia filosófica.

3. Lenguaje y mundo

Algunos estudiosos de la filosofía de Wittgenstein le han considerado, ante todo, un filósofo del lenguaje, otros un filósofo de la lógica y unos más, un místico. Aunque la multifacética presentación del autor vienés no se agota en esas posibilidades y no obstante su reflexión sobre lo que resultaba realmente importante en el *Tractatus*,³ me parece que una buena parte del texto es esencialmente ontología realizada con un método peculiar, el análisis del lenguaje.

Cuando Wittgenstein (1987, 31) expone como objetivo en el *Tractatus* “trazar unos límites [...] a la expresión de los pensamientos”, está en realidad, dada su concepción del lenguaje, trazando sí ese límite pero también delimitando el mundo. Y esto fundamentalmente porque sus ideas sobre el pensamiento muestran que consideraba el pensamiento como tratando de lo real, de la realidad misma, de los hechos cuya figura lógica es precisamente el pensamiento.

Comprender la relación que existe entre lenguaje y mundo y atender a las concepciones ontológicas de Wittgenstein son puntos clave para fijar y examinar la cuestión que me interesa, la de los tipos de *ego* que el autor explora y su consecuencia, el solipsismo.

En este sentido, es preciso recordar que Wittgenstein parte de algunas consideraciones iniciales para trazar el “[...] límite a la expresión de los pensamientos”. Están implicadas en sus locuciones, por un lado, la existencia de una relación isomórfica entre el lenguaje y el mundo; es decir, el lenguaje y el mundo tienen la misma forma —la misma forma lógica— y, por otro lado, la función fundamentalmente descriptiva del lenguaje al figurar los hechos. Esta relación isomórfica entre lenguaje y mundo y esa capacidad figurativa del lenguaje garantizan, al establecer los

³ En carta de 1919 dirigida a Ludwig Von Ficker afirmó: “El sentido del libro es ético”.



límites a la “expresión de los pensamientos” fijar, a su vez, los límites del mundo. Así es como Wittgenstein se introduce en la ontología a través del análisis del lenguaje.

Entre los que podrían estimarse como elementos constitutivos de la ontología tractariana destacan, el hecho (*tatsache*), el estado de cosas (*sachverhalt*) y el objeto (*gegenstand*); aunque existe una amplia discusión sobre la caracterización de cada uno de estos componentes, se puede considerar, de manera preliminar, que *sachverhalt* es una situación posible y simple; *tatsache*, una situación existente, simple o compleja y que los objetos se caracterizan porque tienen la posibilidad de ser parte constitutiva de los estados de cosas, como elementos últimos, simples, ingenerables e indestructibles que son. El mundo es, por definición, el conjunto de todos los hechos.⁴

Como si de la otra cara de una misma moneda se tratase, del otro lado de la relación isomórfica ya señalada se encuentra el lenguaje. El lenguaje es precisamente la totalidad de las proposiciones.⁵

La proposición (*satz*) es el retrato lógico de un hecho, una figura de él (*bild*). En ella pueden distinguirse el sentido (*sinn*) y la verdad o falsedad. El sentido de la proposición reside precisamente en la posibilidad de afirmar que la proposición sea figura de algo (la situación por ella representada) y la verdad o falsedad corresponden, respectivamente, al hecho de que ese algo sea o no algo real.

Así, la proposición *muestra* y *dice* algo a la vez, tiene sentido y puede ser verdadera o falsa. A este tipo de proposiciones Wittgenstein opone otras que aparentemente poseen las mismas propiedades: por un lado están la tautología y la contradicción, pero éstas sólo muestran, no dicen nada pues carecen de sentido y son

⁴ “1 El mundo es todo lo que es el caso.

1.1 El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas”.

(Wittgenstein: 1994, 15).

⁵ (*Ibidem*, 49).

incondicionalmente verdaderas las primeras e incondicionalmente falsas las segundas; por otro lado, están las denominadas proposiciones filosóficas desprovistas, en opinión del filósofo autor del *Tractatus*, de las dos características inicialmente citadas, no muestran ni dicen nada. Justus Hartnack (1972, 61) señala:

“¿qué significa que algo no puede ser *dicho*? No significa que ese algo no pueda ser expresado, ni —lo que es más importante— tampoco que no pueda ser comprendido. [...] Que algo carezca de sentido no equivale, pues, a que sea incomprensible. Más bien significa que no es verdadero ni falso; en otras palabras que no es ninguna figura, que no figura nada y, en consecuencia, que no dice nada.”

Sobre la noción de sentido, del que toda proposición está dotada, Wittgenstein realiza una afirmación relevante: de tal aspecto, de su sentido, ni la misma proposición —e incluso ninguna otra— puede ocuparse, nada puede afirmar de su forma lógica sino solamente mostrarla.

Entre las proposiciones se distinguen las proposiciones elementales que son figuras de estados de cosas y, como los propios estados de cosas que están a su vez compuestos de objetos simples, las proposiciones elementales son combinaciones de nombres; los nombres denominan objetos, precisamente aquellos que constituyen su referencia, no poseen sentido ni valor de verdad, y sólo adquieren su cabal significado en el contexto de una proposición.

A partir de todas estas unidades, para Wittgenstein el lenguaje tiene como función esencial afirmar o negar hechos, es una descripción de hechos. Un lenguaje que no figure el mundo no es un lenguaje. Además, piensa que los lenguajes usados en la vida diaria, digamos el español, el francés o el alemán, son simples variaciones de un lenguaje ideal, lógicamente perfecto, que figuraría en una relación uno a uno la realidad, sin alterarla ni disfrazarla. Existiría, en consecuencia un único lenguaje.

La forma lógica es una especie de elemento mediador entre el lenguaje y el mundo. Es una relación puramente formal que no



puede apreciarse si se intenta observarla externamente. Es un elemento necesario de la proposición; pues si es una proposición legítima debe obligatoriamente tener una forma lógica, —a partir de la posesión de este elemento es como puede describir un hecho— y esa forma lógica ha de ser la misma que la del mundo. Además, no puede ser expresada, sino sólo *mostrada*.

El pensamiento es una figura lógica de los hechos.⁶ Es *la* figura lógica de la realidad, y como el lenguaje es la expresión del pensamiento, entonces uno puede ocupar el lugar del otro. Existe una relación de interdependencia entre ellos; toda proposición con significado expresa un pensamiento y todo pensamiento ha de ser expresable en una proposición. Puede afirmarse entonces que el lenguaje necesita del pensamiento para existir y éste del lenguaje para transmitirse.⁷ Sólo por el pensamiento puede la proposición ser una figura lógica de los hechos.

Es también clara la relación entre pensamiento y mundo, el pensamiento determina el ámbito del sentido, es decir, el de la posibilidad. Así la totalidad de los pensamientos representa el mundo posible, en tanto que el total de los pensamientos verdaderos representa el mundo real.

4. El problema del *ego*

En torno a la cuestión del pensamiento, se enfrenta un problema para entender cabalmente a Wittgenstein, por la costumbre de referir las representaciones, los pensamientos, casi de manera necesaria, diríamos también de manera natural, a un sujeto. Como se verá, Wittgenstein niega esta posibilidad⁸ y esta negación constituye uno de los elementos esenciales, tanto de su concepción egológica como de su peculiar concepción del solipsismo.

⁶ “3. La figura lógica de los hechos es el pensamiento.” (Wittgenstein: 1994, 29)

⁷ “3.1 En la proposición se expresa sensorceptivamente el pensamiento.” (*Ibidem*, 31)

⁸ “5.631 El sujeto pensante, representante no existe.” (*Ibidem*, 143)

En este punto, cabe hacer una distinción entre sujeto empírico y sujeto metafísico. Por sujeto empírico, alma, o *yo*, entiende Wittgenstein que en cuanto hecho, es parte del mundo y puede, en apariencia, ser conocido; la psicología, por ejemplo, trata de ocuparse de él.

Empero, aunque en apariencia pueda ser conocido, realmente resulta un absurdo, porque el *ego* no es un objeto simple,⁹ porque verdaderamente es un compuesto. Veamos la cuestión, más detenidamente.

El *yo* empírico se representa los hechos y piensa las proposiciones. El sujeto X que piensa, que cree *p*, es necesariamente tan complejo como *p*, pues a menos de incurrir en incoherencia¹⁰ ningún objeto simple puede representar un objeto complejo; este es un primer argumento. Pero, además, si todos los objetos del mundo son simples, en consecuencia X no puede ser un objeto, sino un hecho, definido, si acaso, como una forma de disponerse ciertas unidades psíquicas.

Que el *yo* empírico sea un hecho, excluye la posibilidad también de considerarlo una substancia, como tan frecuentemente se encuentra caracterizado, porque en la concepción wittgensteiniana, como se ha visto, la única substancia del mundo es el conjunto de los objetos simples y el *yo* no lo es.

Pero, además, la manera como normalmente el *yo* empírico es concebido, implica que el *yo* deba entenderse como un pensamiento o como una sucesión de pensamientos.

Esta última consideración entraña nuevos problemas. *Prima facie* porque no puede decirse, con corrección, que X piense *p*, sino más bien que X es el pensamiento de *p*, pues tal como el mundo es la suma de todo lo que acaece,¹¹ de los hechos, el sujeto pensante

⁹ "Un alma compuesta, no sería más un alma". (*Ibidem*, 157)

¹⁰ "Esto muestra que el alma —el sujeto, etc.—, como se le concibe en la superficial psicología de hoy, es un absurdo." (*Ibidem*, 157)

¹¹ (*Ibidem*, 35)

no sería otra cosa que el conjunto de todos sus pensamientos. Pero, por esto mismo, no se puede considerar a *X* como un conjunto integrado por la sucesión fenoménica de pensamientos.

Para aclarar la objeción puede tomarse este caso: digamos que *X* es un pensamiento, si bien no siempre el mismo; cuando *X* piensa *p*, es el pensamiento de *p*, pero cuando *X* piensa *q*, ya no puede hablarse de la sucesión de pensamientos de *p* y *q*, sino solamente referirse al último pensamiento, el pensamiento de *q*, y esto porque la aparición fenoménica de los pensamientos es siempre intermitente, con interrupciones, no es factible hallar algún elemento que garantice la continuidad de *X*. En suma, el único elemento posible para identificar un pensamiento es la proposición que éste piensa y no el sujeto que la piensa.¹²

Finalmente, establecido, conforme al lenguaje del *Tractatus*, que el *yo* empírico es un hecho, por ello mismo, sólo puede decirse que acaece, y la descripción que del mismo pudiera realizarse se reduciría simplemente a su afirmación o a su negación, las únicas formas de plasmar un hecho en una proposición; ni siquiera se podría afirmar que tal pensamiento *p* o *q* pertenece o no a un *ego* empírico *X*. De todo esto se deduce que no existe un sujeto, según se cree comúnmente, y sólo puede decirse que una proposición es pensada o que hay una determinada disposición de componentes psíquicos, únicamente susceptibles de ser nombrados aun enfrentando la grave dificultad de relacionarlos, por ejemplo con un ente como el *ego* empírico, porque esta relación, en términos de Wittgenstein no puede ser descrita.

5. El solipsismo anómalo

El tratamiento de la noción de sujeto metafísico es considerado en el *Tractatus*, como una tarea propia de la filosofía. El examen que el filósofo austriaco realiza, mantiene una íntima vinculación con el problema del solipsismo y, de hecho, sólo en relación con esta

¹²(López de Santa María: 1986, 68).

cuestión puede ser debidamente entendido; por ello, se abordará comentando en principio el tema del solipsismo anómalo.

La tesis dígase clásica del solipsismo puede enunciarse diciendo que, en tal caso, el sujeto en cuestión niega la existencia de alguna cosa diferente de él. Parece entonces que, al sostener esta postura enfrenta un problema más epistemológico que ontológico porque al negar la existencia de alguna cosa distinta de él, está admitiendo, cuando menos, la posibilidad de la existencia del objeto y sin embargo, el problema —más de índole epistemológico, insisto— es que resulta incapaz de acceder a esa cosa que posiblemente está fuera de él.

El solipsismo de Wittgenstein no se ajusta a esta caracterización, pues no admite siquiera la *posibilidad* —“no hay «fuera»”.¹³

Es conveniente, para concederle la razón, partir de las siguientes consideraciones. En la sección tres hemos visto que a través del lenguaje, Wittgenstein establece también un límite para el mundo. Es decir, el lenguaje y el mundo coinciden, sus límites podemos afirmar son los mismos precisamente porque comparten la misma forma lógica, están regulados por la misma normatividad establecida por la lógica.

La lógica limita los hechos que pueden acaecer determinando en consecuencia el mundo posible, pues ningún hecho del mundo puede escapar a esa regulación.¹⁴ La lógica todo lo abarca.

Nada limita a la lógica sino ella misma. La lógica determina, por usar una expresión, *desde dentro* lo que estará contenido en ella, sin embargo, no puede establecer lo que no contiene. Esta misma circunstancia hace que el solipsismo resulte indecible porque resulta lógicamente imposible, constituir el *ego*; esto es, se carece

¹³ (*Ibidem*, 64).

¹⁴ “5.61 La lógica llena el mundo; los límites del mundo son también sus límites.” (*Ibidem*, 143)

de la posibilidad de contrastarlo con una *realidad exterior*, y porque la lógica fija el límite “desde dentro”.

En principio, como hipótesis, resultaría correcto concebir el *yo* como centro del lenguaje y del pensamiento. De hecho, cuando digo algo sobre un hecho, describo las cosas desde mi punto de vista, sin embargo no puedo *decir* que lo hago de esa manera —desde mi perspectiva— porque precisamente, también lo estaría diciendo desde mi punto de vista y no estaría diciendo nada acerca de, por ejemplo, que *yo soy el centro de mi lenguaje*. Insistir en actualizar esta posibilidad conduce indefectiblemente a una especie de regresión infinita.

Además, por el carácter propio de la normatividad lógica, no hay otros puntos de vista a partir de los cuales pueda expresar, que soy el centro, pues si pudiera contrastarlo necesariamente desaparecería mi egocentrismo. Así, existe para el solipsista una imposibilidad para reivindicarse como tal, ya que, al negar la existencia de todo lo que no sea él mismo, le resulta a su vez una incapacidad manifiesta para señalar, lo que según él, no existe. El solipsista, tiene que limitar su mundo también “desde dentro” pues no tiene punto de contraste exterior. Sólo se puede *mostrar* y no *decir* nada sobre su existencia solipsista.

Por esto el solipsismo de Wittgenstein no tiene sujeto. El sujeto que aparentemente aparece para delimitar y constituir el mundo no existe, precisamente por su peculiar característica de ser límite. Sin embargo, y tal como se ha mencionado, como *sólo* hay *un* lenguaje y, en consecuencia, *un* mundo, éstos *deben* ser, en consecuencia, *mi* lenguaje y *mi* mundo.¹⁵ De ahí su declaración de solipsismo.

No obstante su afirmación, no ignora este filósofo que resultaría *paradójico afirmar la verdad del solipsismo si pudiera decirse*, pues para ello tendría que suponerse la existencia de una

¹⁵ “Que el mundo es *mi* mundo se muestra en que los límites *del* lenguaje (del lenguaje que *sólo yo* entiendo) significan los límites de *mi* mundo.” (*Ibidem*, 143.)



realidad externa al *yo*, y por consiguiente, la falsedad de lo expresado.

Para la constitución de su solipsismo, Wittgenstein usa una vía alterna. No parte del *yo* sino del lenguaje y del mundo. La consecuencia es la siguiente: como es la realidad, toda la realidad, el “yo” solipsista no puede existir en el mundo, pues es su límite, ni fuera del mundo porque no hay ni podría haber más allá del límite. La coincidencia de los límites del lenguaje y del mundo (también mi lenguaje y mi mundo, como se ha dicho), es la prueba irrefutable de la verdad del solipsismo, pero también significa la imposibilidad de decir qué cosas hay y cuáles no hay en el mundo; en consecuencia, tampoco se puede establecer el *yo* como única realidad existente.

El mismo Wittgenstein admite que su solipsismo, de nuevo paradójicamente, resulta en un realismo,¹⁶ pues el sujeto, metafísico no empírico, queda reducido a un punto inextenso¹⁷ como límite del mundo. De él no se podría *decir* absolutamente nada, reitero, porque no se le puede confrontar con alguna otra cosa. Como sujeto metafísico es tan sólo condición de posibilidad o supuesto del lenguaje, siempre en los límites, pues el mundo no incluye la existencia de un sujeto metafísico.¹⁸

Finaliza Wittgenstein, “El yo filosófico no es el hombre, ni el cuerpo humano, ni el alma humana, de la que trata la psicología, sino el sujeto metafísico, el límite —no una parte del mundo.”¹⁹

Pero, paradójicamente, concluyamos, este *ego*, sólo constituye una forma de delimitación del mundo, como tal no existe, y su pretensión de unicidad es un solipsismo anómalo.

¹⁶ “5.64 Se ve aquí cómo, llevado a sus últimas consecuencias, el solipsismo coincide con el puro realismo.” (*Ibidem*, 145)

¹⁷ “El yo del solipsismo se contrae hasta convertirse en un punto inextenso y queda la realidad con él coordinada.” (*Ibidem*, 145)

¹⁸ “5.632 El sujeto no pertenece al mundo, sino que es un límite del mundo.” (*Ibidem*, 145)

¹⁹ (Wittgenstein 1994: 145).

Bibliografía

Hartnack, Justus (1972) *Wittgenstein y la Filosofía Contemporánea*, Barcelona: Ariel.

López de Santa María Delgado, Pilar (1986) *Introducción a Wittgenstein*, Barcelona: Herder.

Wittgenstein, L. (1961) *Tractatus Logico-Philosophicus*, traduit de l'allemand par Pierre Klossowski, Paris: Gallimard.

Wittgenstein, L. (1987) *Tractatus Logico-Philosophicus*, Versión de Enrique Tierno Galván, México: Alianza Editorial Mexicana.

Wittgenstein, L. (1994) *Tractatus Logico-Philosophicus*, Versión de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Barcelona: Ediciones Altaya S.A.

*Recibido el 10 de mayo,
revisado el 20 de junio,
aprobado el 20 de agosto de 2011.*